Crecimiento y empleo (3 de 3)

El álgebra del empleo, el desempleo y la población activa es tan hirientemente obvia que muchos tienden a desconsiderarla.

José Antonio Herce es Director Asociado de Afi.
E-mail: jherce@afi.es

La pregunta que se planteaba en las anteriores tribunas, para cerrar el círculo de grandes implicaciones del "nuevo patrón" de creación de empleo que podría aflorar en la salida de la crisis (es decir, creación de empleo neto con reducidas tasas de crecimiento real del PIB) es la de si necesariamente la creación de empleo hará disminuir el desempleo. Esta es una pregunta pertinente en cualquier caso, sea cual sea la vinculación de la creación de empleo con el crecimiento del PIB, pero obliga a matizar la respuesta genérica en cada contexto cíclico.

La respuesta genérica es que no necesariamente la creación de empleo hará disminuir el desempleo (o la tasa de paro si se quiere). La razón para ello es que el aumento del empleo, debido a un crecimiento suficiente de la actividad que compense el aumento de la productividad, puede venir acompañado de un aumento mayor de la población activa que amplíe la brecha del desempleo.

De nuevo, el álgebra del empleo, el desempleo y la población activa es tan hirientemente obvia que muchos tienden a desconsiderarla. No se den por aludidos si les recuerdo que la población activa es la suma del número de trabajadores ocupados y el número de trabajadores desempleados (que buscan activamente empleo o se encuentran a la espera de ocuparlo).

Sucede que la dinámica de la población activa es muy variada y que su tamaño puede variar de manera intensa por cada uno de sus dos sumandos. Bajo el supuesto de que la ocupación aumente, lo que no tiene por qué producir un aumento de la población activa si todo el empleo creado se nutre del grupo de desempleados, lo que le suceda a la población activa va a depender de manera relevante de los transvases entre población parada y población no activa (jóvenes que se incorporan al mercado laboral, inmigrantes o "trabajadores añadidos" y desanimados que vuelven a la actividad, básicamente).

Estas transiciones de la no actividad a la actividad y, dentro de esta, eventualmente, al empleo (pasando primero por el desempleo transitorio) son precisamente las que exigen importantes matices en el proceso de

crisis laboral en el que estamos inmersos todavía. En particular, la enorme reserva de cientos de miles de "desanimados" que en los últimos años han abandonado el ring laboral para pasar a la no actividad. Estos trabajadores frustrados interpretarán la creación de empleo como una señal de que la espera ha acabado para ellos y, aunque carezcan de empleabilidad, se postularán para un empleo regresando de momento a las filas del paro.

Este retorno a la actividad por parte de los desanimados puede implicar varias veces más efectivos de los que, en términos netos, transitarían del desempleo al empleo, dando lugar a la paradoja otras veces observada de que aumenta la ocupación y a la vez lo hace el desempleo y de que, además, la tasa de paro aumenta por el mayor impacto absoluto y relativo del segundo efecto.

Esto es muy probablemente lo que observaremos en la recuperación laboral que puede darse si el PIB empieza a crecer aunque sea moderadamente en los próximos trimestres.

No es la peor de las situaciones por mucho que el indicador objetivo de la tasa de paro supere cotas de escándalo que muchos (incluidos inversores extranjeros) creerán contradictorias con el mensaje más esperanzador del empleo y el crecimiento. Por eso, aunque parezca incomprensible, es necesario que el PIB crezca más para que baje el paro que para que aumente el empleo. Estas dos dinámicas se confunden tan a menudo en los medios, en los ámbitos políticos y en la práctica estándar del análisis económico aplicado que toda insistencia sobre ellas parece necesaria ::